



LOS BIGOTES DEL TIGRE

Chew no sabía qué hacer con su hijo Ya. De hecho no llegaba a reconocerlo. Había sido un niño delicioso cuando tenía algunos años menos. Siempre estaba sonriente, le encantaba jugar con otros niños de su edad, era muy cariñoso y respetaba a los mayores. Pero ya nada era igual. Su cuerpo había desarrollado y crecido tanto que pasaba a su padre en altura y vigor. Se había vuelto huraño y desconfiado. En ocasiones llegaba a ser violento incluso con su madre. La convivencia en casa se había vuelto muy difícil.

Chew había hablado con sus maestros, con los alguaciles del pueblo, con los santones... Todos les recomendaban mucha firmeza y claridad a la hora de enfrentarse a él. Pero el hijo seguía cada vez más rebelde. Chew le ofrecía dialogar, pero Ya lo rechazaba en todas las ocasiones.

Le contaron que en la montaña vivía un monje solitario que era muy sabio y le podría ayudar. Pero tenía muy mal carácter. Chew, desesperado por la situación, se atrevió a buscar ayuda en el monje. Subió por desfiladeros, atravesó bosques de bambú y ríos caudalosos, sintió la presencia de monos salvajes y peligrosos tigres. Al cabo de dos días llegó ante la cabaña. Una columna de humo salía por la chimenea y un agradable olor a comida salía por la ventana. Tímidamente llamó a la puerta; nadie respondió. Se atrevió a entrar: abrió la puerta y en la penumbra vio al monje ocupado con un pequeño caldero en la chimenea...

- ¿No pretenderás que te dé de comer?- dijo el monje sin mirarlo-. Nadie ha osado interrumpir mi vida en los últimos cinco años. ¿Qué buscas?

Chew se echó al suelo e inclinado ante el monje le dijo:

- ¡Señor! Me han dicho que eres sabio y que tus remedios son capaces de reconfortar un espíritu decaído, de embrujar de amor a los espíritus malignos y de extraer el oro de los corazones... ¡Necesito tu ayuda!

El monje respondió airado:

-¡No es verdad lo que escuchan mis oídos! ¿Quieres que te de una de mis pociones mágicas? Son secretas y sólo yo puedo administrarla. ¿Para qué la necesitas?

Chew aprovechó la oportunidad para contarle toda la historia de su hijo Ya y cómo con la adolescencia se había convertido en un hombre insoportable. Hablaba acelerado y muy alterado, mientras el sabio lo escuchaba en silencio, casi sin pestañear. Cuando el hombre terminó de contar su historia, le dijo:

-Muy bien, muy bien... Está claro. Necesito que me traigas tres bigotes de tigre para elaborar el remedio necesario. Pero atento: tendrás tú que arrancar los bigotes a un animal vivo, pues de lo contrario la pócima no surtirá efecto. Cuando los tengas, regresas.

¡Tres bigotes de un tigre vivo! Chew no salía de su asombro. Sin despedirse siquiera, salió de la cabaña como un espíritu deambulante. Regresó a su casa y contó a su mujer lo ocurrido. Las cosas no habían sido nada fáciles para ella con el joven Ya en ausencia del marido. Así que le dijo:

-¡No lo soporto más! ¡Si no buscas una solución, me marchó!

Chew necesitó su tiempo. Pero después de meditarlo bien, fue a la cocina, preparó un buen guiso de carne y salió hacia la montaña en busca de los tigres.

Camino de la cabaña del sabio había notado la presencia de los felinos en unas rocas. Así que se dirigió a aquél punto para comprobarlo. Vio una cueva; sospechando que un tigre la habitaba, dejó a una distancia prudente la comida y se apartó a distancia, pero se colocó en un lugar donde mirar lo que ocurría. No tuvo que esperar mucho tiempo: de la gruta salió un hermoso tigre macho que se acercó al olor de la carne. Con desconfianza oteó el ambiente y cuando comprobó que nadie estaba cerca, se aproximó a saciar su hambre. Al acabar de comer, levantó la cabeza y vio a Chew en la distancia. Lanzó un rugido y saltó a refugiarse en su cueva. El hombre asustado, bajó corriendo hacia su pueblo.



Pero no se acobardó. Durante tres meses fue todos los días con un plato de comida a buscar al tigre. Cada vez se ponía un poco más cerca y en ese día iba decidido a estar en presencia del tigre, a unos metros de distancia. El animal había ido disminuyendo sus ruidos y sabía la hora que Chew solía acercarse a darle de comer. Curiosamente, nunca se acercó a él mientras dejaba su cuenco de carne. Parecía que ya sabía que iba a darle de comer.

Chew dejó la comida y se sentó a la vista del plato. Al poco tiempo, el tigre salió en busca de su alimento. Cuando vio a Chew tan

cerca se asustó y se agazapó, vientre en tierra, dispuesto a saltar sobre el hombre al primer gesto extraño que hiciera. Chew permaneció inmóvil como una estatua y el tigre se acercó con sigilo hasta comer del plato. Cuando se retiró a su refugio, el hombre se desplomó de la tensión, corrió ladera abajo y contó a todo el mundo que había estado en la presencia del tigre sin que le hiciera nada.

Durante los tres meses siguientes esta escena se fue repitiendo cada día, pero estando cada vez más cerca de la terrible fiera. Ahora se aproximaba en la presencia del tigre. Con el tiempo se habían observado el uno al otro y medido sus fuerzas. Se conocían por sus gestos y, aunque no había palabras, se habían dicho muchas cosas con sus miradas. Pero no era bastante. Ese día Chew quería probar el contacto físico con el tigre. Así que se acercó como otras veces. El animal lo esperaba sentado ante la entrada de la cueva y, al verlo, se aproximó esperando su comida. Pero Chew no la puso en el suelo, sino que sostuvo el cuenco entre sus manos. El animal se sorprendió, dudó... pero se puso a comer del cuenco. ¡Era increíble! ¡El terrible animal comía de su mano! Lo observaba con alegría: comía como un gato grande, sin inmutarse... De vez en cuando lamía las manos con su lengua; Chew sintió pudor por el gesto que interpretó de cariño.

Pasaron los días y el hombre se atrevió a contactar con él y acariciarlo mientras comía. El tigre ya no se iba después de acabar su guiso, sino que se quedaba recibiendo las caricias de Chew, que se había convertido en un buen amigo. Hasta que un día el animal se quedó dormido con la cabeza en el regazo de Chew. Entonces... agarró fuertemente tres bigotes del tigre y los arrancó con decisión. El animal se quejó... pero no se despertó.

Antes de levantarse y salir corriendo, contempló por última vez la belleza y la fuerza de su amigo. Habían pasado nueve meses desde la primera vez que lo vio aparecer de la oscuridad de su guarida. ¡Nueve meses para poder llegar a estar en su presencia sin miedo! Esa misma tarde subió a la cabaña del monje para llevarle con orgullo lo que necesitaba para su poción.

-¿Son realmente de tigre? –dijo mientras los observaba-, ¿dices que los arrancaste de su cara mientras dormía en tu regazo? Bien, bien...



Chew esperaba que el sabio juntara su trofeo a otros ungüentos y mejunjes para darle la solución para su hijo. Entonces... el monje tiró los tres pelos al fuego que se ardieron en un abrir y cerrar de ojos dejando un terrible olor a quemado.

-¡Qué haces! –gritó Chew-. ¡Eran mis bigotes! Me había costado nueve meses conseguirlos y... ¡los has quemado!

-Ya no los necesitas –contestó el sabio.

-¿Cómo?

-Sí, ya no los necesitas. ¿Te diste cuenta de todo lo que tuviste que hacer para acercarte al tigre? Han sido nueve meses de paciencia, constancia, valor, fe, dulzura... Mírate: ¡Tú mismo has cambiado! Eres otro muy distinto del padre angustiado que conocí hace nueve meses. Ahora eres un hombre que tiene brillo en sus ojos y fuerza en sus palabras. Cualquier hombre te guardaría respeto.

*SI HAS SIDO CAPAZ
DE GANARTE LA CONFIANZA DE UN TIGRE,
TAMBIÉN SABES AHORA
CÓMO GANARTE LA DE TU PROPIO HIJO.*

Para profundizar

Métete en el cuento, en el personaje de Chew... Visualiza la desesperación ante su hijo Ya, el desconsuelo de su mujer... y las escenas con el tigre...

Siente que la paciencia, la constancia, la fe, la mirada blanda te han hecho ganar confianza en ti mismo... Y que ahora eres digno de confianza...

¿Podrías aplicarlo a tu vida?

¿Descubres algunas luces para mejorar tus relaciones?

¿Qué puedes hacer para mejorarlas?

